

ALAIN TOURAINE: *El postsocialismo*, Barcelona, Editorial Planeta, Sociedad Anónima, 1.<sup>a</sup> ed. 1982, 231 págs. (\*)

JULIÁN SAUQUILLO

En alguna ocasión, Alain Touraine, haciendo una reflexión meta-sociológica sobre el objeto y función de la sociología, así como del papel del sociólogo, se refería a una situación «dramática» de la sociología —de su función crítica ideal—, aludiendo a su necesaria desvinculación con cualquier partido político o fuerza social que la pudiese esterilizar. Si la sociología quiere mantener su función liberadora deberá situarse en una posición ambigua respecto de los movimientos sociales que le permita revolverse frente a ellos en el momento de su institucionalización como partido o Estado. La sociología será un revulsivo frente a toda relación de dominación: su papel crítico es desideologizador. La sociología es un contrapoder (1).

No sé si será su compromiso político como sociólogo lo que condujo a Touraine a investir de cierto pesimismo su enjuiciamiento del socialismo, pero resulta bastante evidente su coherente criticismo para con el socialismo francés.

El triunfo electoral del socialismo francés en 1981 fue acogido

---

\* *L'après socialisme*, París, Editions Grasset & Fasquelle, 1980 (trad. cast. de Janine Muls de Liarás).

(1) Cfr. TOURAINE, Alain, *Pour la sociologie*, París, Editions du Seuil, 1974 (trad. cast. Juan de Benevent, *Introducción a la Sociología*, Barcelona, ed. Ariel, 1978, 333 págs., págs. 38-39 y 321 y sigs.).

por Touraine con una estimación realista no exenta de esperanza (2). Tras valorar esta victoria política a partir del desastre gubernativo de una derecha periclitada, el sociólogo francés no ocultaba la importancia de aquella fecha para la historia del país vecino: «Francia vive mucho menos que una revolución, pero mucho más que un cambio de gobierno. Tras un cuarto de siglo de crecimiento y también de distancia e incompreensión entre gobernantes y gobernados, el país entra en un período de democratización activa.» Una expectativa muy positiva que no evitaba avisar del relanzamiento que volvería a tener la política de derechas después de la obcecación de su política económica, legislativa y social durante su gestión, así como de otros peligros que podrían conducir al gobierno socialista al fracaso, localizados en las presiones exteriores —tipos de interés demasiado altos que frenen la inversión— y en la posible debilidad ante los grupos de presión interiores.

Pienso que para comprender adecuadamente la posición política de Touraine y contextualizar así los planteamientos anteriormente sostenidos en el *Postsocialismo*, hay que tener muy presente el análisis que, por aquellas fechas de victoria electoral, realizaba sobre la estrategia política que debería desarrollar el socialismo francés para ahondar en una política consecuente con su situación de partida. Según su análisis, la victoria de la izquierda se produjo a partir de la voluntad política de la población mayoritaria francesa —burlada hasta entonces por los intereses conservadores de los grandes empresarios y tecnócratas— y del alto valor del capital político de Mitterrand. La fuerza política del actual presidente de la República Francesa residía en su habilidad para ofrecerse como alternativa electoral frente a la derecha, aunando al electorado tanto socialista como comunista, no sin antes desactivar el posible potencial político de estos compañeros de viaje. Mitterrand representaba el hombre práctico, el estratega sin definición ideológica, alejado por supuesto del marxismo, y que podía ofrecer la solución de compromiso tanto con los comunistas —con un capital político controlado— como con las tres corrientes políticas coexistentes en el P.S.F. —izquierda «dirigista», izquierda «distributivista» e izquierda «liberadora»— que desarrollase una necesaria modernización

---

(2) TOURAINE, Alain, «La Francia que confía, *El País*, domingo 13 de septiembre 1981, pág. 4.

en Francia, obstruida por la carencia sufrida de una gestión social-democrática, como la gozada por la mayoría de los países europeos más industrializados. Es importante señalar cómo, para Touraine, el posible éxito de esta opción dependía «del pragmatismo del Gobierno, que no debe dejarse llevar por pasiones ideológicas».

Han pasado tres años desde aquellas declaraciones y muchas de las expectativas del antiguo electorado francés se han visto frustradas. Los comunistas se salieron del Gobierno y los socialistas en el Gobierno afrontan variados puntos débiles —gestión económica, enseñanza, política exterior, reformas sociales— que son aprovechadas por la derecha y su «trinidad» política, Chirac, Barre, Giscard.

La actitud de Touraine ante estas circunstancias aclaran bastante sobre la posición política desde la que escribe el autor de *El postsocialismo*. En un reciente debate, entre Jean Poperen —número dos del Partido Socialista— y Touraine (3), se reflejaba la disputa existente *en el interior* del socialismo francés entre una corriente tradicional en el socialismo que no renuncia a la unidad ideológica de la izquierda, haciendo de su enfrentamiento con la derecha la «primera contradicción» —representada por el dirigente socialista—, y una corriente *modernizadora* («deuxième gauche») —defendida por nuestro autor— que, preocupada por el lastre de la parentela con los comunistas, procura una redefinición de la izquierda que afronte la crisis gubernamental (4). Allí, frente al integrismo ideológico, el mantenimiento de la alianza entre socialistas y comunistas (inspirada en el Programa Común firmado por ambos en 1972) y la necesaria adaptación de la historia, los combates y *principios* de la izquierda a la dura realidad provocada por el poder económico, Touraine defendía una izquierda moderna, práctica y resuelta en la gestión económica y técnica: «Deseo un Estado que mire a largo plazo y que sea capaz de rebasar las debilidades congénitas, cuya capacidad de iniciativa, de descubrimientos científicos y técnicos, de cambio de ideas sea solicitada y fomentada.» Deseos atendibles en un Estado de bienestar social —pienso— y

---

(3) EVIN, Kathleen, «Socialisme: faut-il tout changer», *Le Nouvel Observateur*, núm. 1018, del 11 al 17 mayo 1984, 66 págs., págs. 28-29.

(4) Obsérvese que el debate se produjo a dos meses escasos de la posterior fractura política de la unión entre socialistas y comunistas en el gobierno.

que Touraine concretaba en una política informática, una ordenación electrónica, una política industrial, un reforzamiento de la enseñanza y la investigación universitaria, que eviten que el peso de la crisis recaiga sobre los trabajadores. En este sentido, las exigencias de política económica y de modernización social obligan a desembarazarse de una ideología socialista —lastre de la alianza social-comunista y viejo dogma caduco— que alimenta la tecnocracia estatal e impide la renovación teórica de la izquierda.

Esta opción, debatida aquí en su contexto político, creo que debemos juzgarla a la luz de lo que Touraine ofrece en trabajos más amplios —como el libro que vamos a comentar ahora más directamente— a la luz de sus aportaciones o reservas a una alternativa de recambio. Ahora bien, lo que ya si se puede avanzar es que su crítica del socialismo como reliquia del pasado y su apuesta por los movimientos sociales se hacen tanto desde el intento de construir una nueva ideología que recoja necesidades sociales básicas, que se han visto frustradas, como desde una vocación de gestión político-social bastante evidente y algo irrefrenable.

Al margen de lo coyuntural que pueda resultar la fecha de edición en castellano de *L'après socialisme*, su fecha de edición original (1980) no puede resultar oportunista, pues, en plena eclosión de la alternativa socialista para el poder, sin haberse desarrollado las elecciones francesas y a años vista del divorcio de la izquierda francesa y su envoltura en graves cuestiones de gobierno, el mantenimiento creíble de una crítica a la filosofía del Programa Común, como ideología irresoluta, resultaba mucho más incierta o improbable que hoy.

En este mismo sentido puede decirse que la crítica planteada por Touraine al socialismo como ideología trasnochada, inútil para provocar el cambio social en la sociedad programada, se remonta a escritos suyos muy anteriores (5). En *La sociedad post-industrial* (6), Touraine —paralelamente a lo aportado por Daniel Bell, en el

---

(5) El encuadre de la ideología socialista como instrumento del movimiento obrero en la sociedad industrial, inhábil para ser utilizado por los modernos movimientos sociales para combatir la tecno-burocracia propia del poder en la sociedad programada, coincide con algunos planteamientos provocativos de Michel Foucault, aunque sea en un contexto bien distinto. Este

mismo sentido ahondaba en la descripción sociológica de la nueva sociedad post-industrial, tecnocrática o programada. En un sentido amplio, la sociedad programa se caracterizaba, en aquella obra, por el predominio de factores propiamente organizativos sobre los directamente económicos o de producción (prioridad de la investigación científica y técnica, de la formación profesional y de ordenación de los elementos de la organización para influir en la evolución de los factores de la producción). El auge de los factores culturales y de planificación en el crecimiento económico, de forma inusitada en relación con la organización de la sociedad industrial, alienta nuevas formas de dominación, distintas de la explotación económica y más propiamente relacionadas con la noción de alienación (integración social, manipulación cultural, control político). A este descentramiento en la estructura de dominación, según Touraine, debe corresponder un cambio en los análisis en términos de «clase sociales», así como la búsqueda de un nuevo sujeto de transformación social distinto de la clase obrera, sujeto histórico privilegiado de la sociedad industrial del siglo XIX.

Según este análisis de la sociedad post-industrial, el aspecto que asegura la nueva estructura de dominación, no es tanto la concentración del beneficio económico como la centralización de la información. En la sociedad programada, el manejo de la información ha pasado a ser un factor tan central como el tratamiento de los recursos naturales en el período de la industrialización. La nueva clase dominante no es tanto el inversor privado como una clase de tecno-burócratas situados entre la inversión y el consumo, cuyo poder reside en asegurarse la toma de decisiones en las grandes empresas, el Estado o los partidos y el escamoteo de las opciones culturales y sociales al conjunto de la colectividad. Esta nueva aristocracia monopoliza la información y centraliza la toma de decisiones sociales ocultándola al debate público. De ahí que la

---

último autor defendía en *Les mots et les choses* (1968) la esterilidad del marxismo fuera de la *episteme* de conocimiento en que se dió: la *episteme* clásica (el marxismo es como un pez en tierra, fuera del agua se ahoga; el marxismo es como un torbellino en un vaso de agua).

(6) TOURAINE, Alain, *La société post-industrielle*, París, Société Nouvelle des Editions Gonthier, 1969 (trad. cast. Juan Ramón Capella y Francisco J. Fernández-Buey, *La sociedad post-industrial*, Barcelona, ed. Ariel (1.ª ed. 1969), 3.ª ed. 1973, 237 pags.).

actitud reivindicativa contemporánea, para Touraine, sea más propiamente cultural y social que económica. La contestación política que supone el acceso a la información no está ya investida en la fuerza de la clase obrera —marginal en esta red de distribución de la información— sino en los trabajadores cualificados que, aun no teniendo un papel central en la toma de decisiones de la organización, conservan un papel todavía neurálgico en ella por detentar la competencia científica y técnica (profesores, investigadores, técnicos, estudiantes, ingenieros...).

En definitiva, como el posible lector podrá comprobar, Alain Touraine, ya en 1965, había desarrollado unos análisis políticos, que se prodigarían en Francia después del 68, desapegados de la insistencia en la explotación puramente económica, y que algunos siguiendo a Rimbaud encabezaron con un bello deseo: «hacer la revolución, cambiar la vida».

En este contexto, *El postsocialismo* representa la continuación de aquel acta de defunción del socialismo a la vez que la formulación de un nuevo proyecto político para la Francia contemporánea —el postsocialismo— al que Touraine atribuyó dos personajes fundamentales de diferente cariz: los movimientos sociales y François Mitterrand.

El libro contiene una serie de motivaciones expresas que le hacen caer dentro de los planteamientos de la izquierda hoy en el Gobierno francés. En primer lugar, una dedicatoria dirigida a los socialistas, militantes sindicales o políticos, incluso si su actuación les llevó lejos de las reivindicaciones obreras (página 118). En segundo lugar, incluye una meta práctica: evitar que el desmoronamiento del socialismo desvitalice la izquierda y prepare el auge del totalitarismo (página 19). En tercer lugar, expresa unos objetivos que coinciden con señalar el declive de la sociedad industrial y la caducidad del socialismo como proyecto ideológico. En cuarto y último lugar, revela un espacio político donde debe surgir el nuevo proyecto político de la izquierda francesa: «el Partido Socialista que (...) es hoy en día el lugar donde debe finalizar la carrera histórica del modelo socialista y donde puede formarse una nueva expresión política de las izquierdas» (página 193).

Para Touraine, el socialismo como instrumento reivindicativo

de la clase trabajadora murió con el declive de la sociedad industrial. Sus convicciones y organización, sentimientos y principios se vienen abajo, tan sólo perduran escasas exequias de aquel ideal en la pequeña pantalla, los discursos políticos, la técnica económica, o las campañas de moralización. Aquel viejo proyecto político de la izquierda se desmantela con la desaparición de las relaciones, movimientos e intereses sociales propios de la época en que surgió el socialismo. Los partidos políticos que se aferran a este ideario han perdido su representatividad social y se convierten en organizaciones con un sentido muy elemental de la política, así como en agentes del reforzamiento burocrático del Estado. Antes de que la desaparición de los movimientos sociales propios de la sociedad industrial, se celebre con la formación de una clase dirigente que se adueñe del Estado, hay que abrir el horizonte político a los nuevos movimientos sociales que se oponen al poder de la nueva tecnocracia (páginas 11-12).

Es cierto que todavía existe un espacio intermedio en Francia entre la socialdemocracia y el comunismo, señala Touraine, pero sus directrices políticas son más propiamente del Partido Comunista y del Programa Común: prioridad para la intervención del Estado, relegamiento del sindicalismo, confianza en un crecimiento intenso. Son aspectos de un modelo político que no considera nuestra situación actual, un modelo socialista que languidece (páginas 39-42). El desmembramiento del movimiento socialista provoca su división entre quienes creen en el movimiento social, en la democracia y en las reformas —entre quienes se incluiría Touraine—, y quienes confusamente se mantienen en un socialismo clásico (capitalismo, revolución, toma del aparato del Estado).

El eje concreto donde Touraine localiza sus críticas al socialismo se llama Programa Común; su filosofía pretendía tanto la unidad estratégica de la izquierda —socialistas y comunistas— como, lo que es más importante, su unidad ideológica y política (7). Pese a

---

(7) Existe un muy esclarecedor artículo de Luis Arrillaga donde, entre otras cosas, se analizan las fisuras —¿grietas, mejor?— de los acuerdos de la alianza entre socialistas y comunistas en cuatro aspectos nucleares de su estrategia política: nacionalizaciones, participación de los asalariados en los órganos de gestión de las empresas, defensa exterior, y política europea. También recoge las influencias de este acuerdo en el desenvolvimiento con-

su aparente ligazón —no olvide el lector que Touraine escribe en 1980—, la escisión es evidente: el Partido Comunista se mantiene fiel a su inspiración leninista pese a albergarse en las instituciones democráticas, y el «Partido Socialista, ya no puede escoger más que entre dos caminos: el de la transformación y el de la confusión, que conduce a la putrefacción». La apuesta de Touraine será por la prioridad de problemas sociales, la modernización científico-tecnológica, la participación social en las instituciones democráticas y las luchas de los movimientos sociales, frente al obcecado endeudamiento en las ideologías políticas.

Como dijimos anteriormente, Touraine elige dos actores principales para desarrollar esta posible alternativa política que llama «postsocialismo»: Mitterrand y los movimientos sociales.

Para Touraine, Mitterrand representó en 1980, el único hombre que puede salvar a la izquierda del naufragio final y desbancar a la derecha del Gobierno francés. Comprendía las virtudes del pragmatismo que silenciando a la izquierda clásica a la que permaneció fiel el partido aglutinando sus diversas corrientes, podría beneficiarse de la descomposición de la derecha (páginas 200-202). Así fue el curso de la historia confirma un vaticinio, sobre el que hoy los hechos históricos comienzan a resolverse.

El otro personaje principal, en línea con lo expresado en *La sociedad post-industrial*, está representado por los movimientos sociales —fundamentalmente el movimiento de las mujeres, los movimientos regionalistas y el movimiento antinuclear—, únicos que pueden canalizar las necesidades básicas de la sociedad, representar una práctica política vivencial y oponerse frontalmente a la tecnocracia como manifestación nueva del poder en la sociedad programada (8). Las iniciativas de estos movimientos necesitan del sistema democrático, son ellos los que pueden representar las rei-

---

creto del P.S.F. Cfr. ARRILLAGA, Luis, «El Partido Socialista Francés: Una alternativa de la izquierda», *Sistema*, núm. 23, Madrid, marzo 1978, 154 págs., páginas 19-34.

(8) Elías Díaz establece relaciones entre Alain Touraine y Claus Offe en torno a la elección de los movimientos sociales como «sujeto» motor del cambio, y actor crítico de la burocracia estatal. Cfr. DÍAZ, Elías, *De la maldad estatal y la soberanía popular*, Madrid, ed. Debate, 1984, 270 págs., pág. 267. Cfr. asimismo, en relación con este aspecto, su conferencia «La legitimidad del

vindicaciones culturales básicas, radicales. Su transcendental importancia en el cambio social, es el factor que conduce a Touraine a disuadir a partidos, ideologías, iniciativas estatales o movimientos políticos de encauzarles. Su control político representaría un derroche histórico (páginas 117-140 y 202 y siguientes).

El libro en definitiva, reúne análisis que resultan coherentes tanto con el compromiso político de Touraine con el socialismo moderno francés, como con su trayectoria como sociólogo. Análisis que invitarán al lector a sacar conclusiones no sólo en torno a la suerte del socialismo francés sino también a la difícil tensión en que se encuentra el socialismo en Europa. Quizás estas conclusiones se vean enriquecidas por las observaciones del avisado lector desde la fecha de su publicación, pero ni mucho menos logrará darle la tranquilidad de ánimo de la relajante descripción de la «crónica de la época». ¿O no?